



## **Homenaje a fray Antonio de Montesinos y a la primera comunidad de dominicos en América**

**Fr. Bruno Cadoré O.P.  
Maestro de la Orden  
Casa de América  
21 de diciembre de 2011**

Es un honor para mí poder dirigirme, como Maestro de la Orden de Predicadores, a esta asamblea reunida para recordar el sermón pronunciado por nuestro hermano Antonio de Montesinos, en nombre de su comunidad, hace 500 años en la isla La Española. Este homenaje se dirige en primer lugar a Fray Antonio y a su comunidad, cuyo prior era Pedro de Córdoba, y a través de ellos a la Orden de Predicadores que les apoyó en este momento tan importante. Los recordamos porque hicieron resonar, en un contexto tan difícil, la «voz de Aquel que llama a trazar caminos de justicia en medio del desierto», y porque de este modo contribuyeron a una toma de conciencia decisiva en un momento de la historia que podríamos calificar como comienzo de una nueva era, la era de la «globalización» .

A la par que agradezco vuestra invitación, quisiera invitaros en este día a reflexionar sobre la responsabilidad a la que estamos llamados cuando recordamos y celebramos ésta palabra «profética».

Esta responsabilidad consiste fundamentalmente, en hacer oír, como ellos lo hicieron, la llamada incesante al respeto incondicional de la dignidad de todo ser humano, sin distinción de raza, lengua, cultura o religión. Los frailes de La Española, altamente indignados al ver cómo se trataba a los indígenas del lugar, a los que, en



realidad, debía haberseles pedido hospitalidad, apelan a la humanidad común y preguntan: «¿Acaso éstos no son hombres?». La etimología de las palabras tiene a menudo mucho sentido. Cuando alguien siente indignación manifiesta que se siente testigo de una «indignificación», de una acción en la que se niega su dignidad al otro. En el lenguaje criollo haitiano se utiliza una palabra muy explícita para expresar esto. Es el verbo «dérespecter». No se trata solamente de faltar el respeto, sino de alguna manera de no reconocer en los demás lo que significa el respeto a la dignidad humana. Todos conocemos el sentimiento de vergüenza que se produce cuando nos damos cuenta del mal que el ser humano puede causar a sus semejantes. Ese sentimiento de que debemos compartir la falta cometida por determinadas personas que destruyen la humanidad del otro. No reconocer la dignidad humana en los demás significa, en cierto sentido, no reconocer la propia dignidad, significa «dérespecter» la dignidad del ser humano.

Es interesante notar que esta llamada «de indignación» fue hecha por religiosos, pero fue hecha en nombre de un principio universal de humanidad: «¿Acaso éstos no son hombres?». También es importante señalar que es una llamada «a favor de los demás», lo que probablemente constituye una de las principales fuerzas de las tomas de posición proféticas. Lo que está en juego es el futuro de la humanidad. Para obligarse a mirar hacia lo que realmente puede ser un futuro común de la humanidad, debe otorgarse ante todo un lugar privilegiado a aquellos con los que quizás no se comparte a priori el destino. Éste es, por lo demás, un aspecto importante de la llamada que hace Montesinos: los frailes de La Española no sólo no compartían el destino de los indígenas, sino que habían llegado a su tierra al mismo tiempo que los conquistadores. Podría decirse que unos llegaban en busca de riquezas, y otros a evangelizar. Y sin embargo, los frailes son capaces de denunciar los excesos de su propia cultura: son capaces de denunciar esas acciones que, tal vez, poco tiempo antes ellos mismos aceptaban, o al menos ignoraban. Y por otra parte, ¿cómo olvidar que más tarde sobre aquellas tierras del Caribe, llegará un tiempo, más tarde, en que muchas casas religiosas aceptarán, sin problema, tener ellas mismas esclavos?

En pocas palabras, se trata de religiosos que apelan a un principio de universalidad de lo humano. Ciertamente, podrá decirse que dirigiéndose a los creyentes



deben hacerles comprender que lo que está en contra de la ley moral natural está en contradicción directa con el Dios creador que confiesan. Por eso, la terrible afirmación de Montesinos: «Todos vosotros estáis en estado de pecado mortal». ¿No encontramos aquí un camino para el diálogo entre humanismo y religión, entre razón y fe, dentro un respeto mutuo y dentro de una estima mutua de lo que una y otra racionalidad pueden enseñarse recíprocamente? El objetivo de este diálogo es encontrar maneras para desalienar al ser humano, para promoverlo y respetarlo incondicionalmente, para construir un mundo en el que todos podamos participar, que todos podamos compartir y ofrecernos mutuamente, donde todos estemos unidos por un destino común. ¿Cómo no alegrarse de este diálogo?

Como ya he señalado, es importante tener en cuenta que los que hablan en La Española son religiosos cristianos, porque de esto se deducen varias consecuencias. Al tomar de este modo la palabra, estos religiosos entran en el núcleo mismo de un primer debate que con frecuencia se ha denominado como la «controversia de Valladolid». Los indígenas del Caribe ¿son hombres? ¿tienen alma? ... La cuestión se formuló en serio en aquella época. Claro que, si me permiten, este tema no parecía haber sido un obstáculo para que los «amos» se creyeran con el poder de obligar a las mujeres indígenas a satisfacer sus deseos, o incluso para sentirse felices de engendrar mestizos con ellas. Pero, volvamos a la cuestión del alma, que ha llevado a caer en la tentación de servirse de las teorías sobre Dios para ejercer el poder sobre los hombres.

Quisiera insistir sobre este último punto. En el fondo, me parece que en la indignación de los frailes de La Española, hay algo más que la indignación frente a la falta de respeto a la dignidad de cada hombre. Existe —y esto estará claro para ellos mismos, como para Las Casas y para la investigación teológica de Vitoria— una pregunta radical que se dirige al «poder» al ejercicio del «poder». Una pregunta dirigida al poder «civil», al «político», que cuestiona la legitimidad, no de una exploración, sino de una conquista, no de una petición de hospitalidad en un país extranjero, sino la fuerza y la violencia con la que falsos amos auto-instituidos, se comportan en la casa de los demás como si estuvieran en la propia, no de una propuesta de comercio justo, sino de lo que se manifiesta como un negocio de engaño que beneficiará a los más fuertes y debilitará a los débiles humillándolos aún más. La pregunta radical cuestiona al poder



que, para pretender imponer su fuerza, elaboró lo que resultó ser abiertamente una mentira. Se pone en cuestión «las mentiras» de un poder que no tiene, por él mismo y desde él mismo, otra legitimidad que la que le confíe el pueblo para su servicio.

Esta crítica del poder se revelará, como es sabido, radical, porque se tratará de discutir el poder, el ejercicio del poder, por parte de las autoridades religiosas. Esto significa cuestionar los compromisos entre el poder religioso y el poder civil que mienten al mundo y que se mienten a sí mismos. Después de haber visto el lugar de la religión en el corazón del negocio de la trata de esclavos a Ouida (Benin), por ejemplo, sabemos que es una tentación este pacto, esta alianza de los llamados fuertes en la debilidad de la mentira que pretenden dominar a los más frágiles. Pero esta crítica del poder religioso es todavía más radical: ¿cómo justificar el ejercicio de una dominación cualquiera en nombre de una verdad que se pretende poseer, cuando en realidad nos es dada gratuitamente? ¿Cuál es ese poder que se permite repartir el mundo entre los poderosos y que justifica esta acción en nombre de Dios? ¿Cómo es posible resistir a un poder que pretende apoyarse en el Dios de la Biblia, para deducir preceptos que obviamente sólo sirven para apoyar proyectos humanos, humanos y tan «mundanos»?

Los dominicos de La Española fueron profetas, no sólo porque recordaron la exigencia de respetar la dignidad de cada persona, la dignidad común, sino también porque manifestaron su indignación ante la idea de que era posible «servirse de Dios» para establecer poderes humanos, a fortiori cuando estos últimos «dérespectent» (faltan a la dignidad) del ser humano. Fueron profetas porque, a su vez, siguieron el camino de Aquel que era su único Señor y Maestro: Jesús de Nazaret que los cristianos reconocemos como Cristo. Este Mesías que fue asesinado precisamente por poner en tela de juicio los poderes humanos que aplastan a la humanidad, comenzando por esos poderes a la medida del hombre que para ejercitar sus pretensiones insignificantes de poder, mienten a los hombres diciéndoles que ejercen su autoridad en nombre de Dios.

Rendir homenaje a fray Montesinos invita a asumir nuestra común responsabilidad de construir una humanidad para y con todos. Y nos invita a hacerlo negando absolutamente el ejercer poderes políticos o religiosos que puedan apoyarse en la mentira.



Al escuchar de nuevo esta predicación de Montesinos y de sus hermanos, entendemos lo que verdaderamente puede llamarse una «palabra profética». Profética, porque se dirige a los hombres de parte de Dios y sitúa el futuro de la humanidad en la perspectiva de un mundo que será hospitalario tanto para los seres humanos, para todos los seres humanos, como para el Dios que se revela en las Escrituras y que viene al mundo. Esta palabra ha sido profética también porque ha procurado enraizarse en una cierta sabiduría, fraguada en el estudio, la oración y el discernimiento comunitario.

El estudio y el debate intelectual tendrán un lugar importante en las consecuencias de este sermón. Tanto para la Corte Real como para la Universidad, era importante que las denuncias e ideas que las sustentaban fuesen estudiadas de manera crítica a la luz de la filosofía y de la teología. Los frailes se implicaron plenamente en estos debates, animados por la aspiración a buscar del modo más perfecto la «verdad». Esta importancia dada a la búsqueda de la verdad nace de la convicción de que poner la propia inteligencia al servicio de la verdad es una de las mayores cualidades del hombre. Esto ofrece también la explicación de por qué los primeros hermanos en América fundaron numerosas universidades (en República Dominicana, Perú, Colombia, Cuba). Estas universidades, fundadas al mismo tiempo que se desarrollaba la predicación dominicana, han sido lugares de búsqueda de la verdad para todo hombre y para todo el hombre.

La toma de posición de los frailes en su predicación no es una palabra de condena sino más bien una llamada a no permanecer en la ignorancia y en la ofuscación, sino a atreverse a constatar y a analizar los problemas que se presentaban con el fin de buscar para ellos soluciones radicales y estructurales. Se trata de orientar la búsqueda de la verdad al servicio de la construcción de un mundo habitable para el hombre y al mismo tiempo que se convierta en un mundo «para Dios».

Esta llamada, dirigida tanto al corazón como a la inteligencia del hombre, parte de la realidad. Desde el «Indio», dirá Las Casas. Así los hermanos fueron precursores de una reflexión humanista y teológica a partir de las víctimas. Se colocaron al lado de los que el mundo quería olvidar aunque sin los cuales sería imposible buscar honestamente la verdad.